

BOBBIO, N. De senectute. Madrid. Taurus 1997.

Norberto Bobbio escribe «De Senectute» a la edad de 85 años y elige el mismo título que Cicerón cuando, a los 62 años, escribió su libro sobre la vejez. Esta obra de Bobbio reúne una serie de trabajos realizados a edad avanzada, y recibe su título del discurso que el profesor y ensayista turinés pronunció el 5 de mayo de 1994, en la Universidad de Sassari, al recibir el doctorado «honoris causa» en Ciencias Políticas. «De senectute» se acompaña de una segunda parte escrita a los 87 años, no leída para la ocasión, que engloba una serie de reflexiones autobiográficas intermitentes y ocasionales.

Aunque no todos los ensayos del libro se refieren al tema de la vejez, todos tienen un nexo común: son trabajos tardíos, que tienen relación con su despedida del consejo de la Facultad de Ciencias Políticas al cumplir sus 75 años; o, como en «Reflexiones de un octogenario», evoca el discurso pronunciado en la celebración de su octogésimo cumpleaños; o cuando finaliza su etapa de docencia universitaria, al cumplir los 70 años, que Bobbio considera el comienzo de la tercera y última fase de su vida, la de la reflexión, tras los primeros años de prueba y la época de rutina académica que dura 31 años. Asimismo se recogen otros trabajos menos relacionados con el tema de la vejez como «Elogio del Piamonte», en donde Norberto Bobbio define admirablemente las características del hombre piamontista: laborioso, leal, probo, de pocas palabras, reservado en la expresión de sus sentimientos, lento pero firme en sus principios morales de austeridad y sencillez, en fin, estoico, como probablemente se sentía el propio Bobbio. Y, finalmente, «Autobiografía intelectual», jugoso repaso de las ideas y actividades del autor. También analiza las relaciones entre la política y la cultura, los intelectuales y el poder.

En realidad debe subrayarse que en todos sus trabajos, aun no haciendo referencia directa al tema de la edad, lo pasado irrecuperable está omnipresente. Así, cuando se refiere al hecho de no haber llevado un diario —«ahora que soy viejo»—, que podría utilizar con disfrute, y en su lugar se verá obligado a echar mano de los papeillos y hojitas en que ha ido anotando pensamientos e ideas sin orden ni concierto, a vuela pluma, para reflexionar sobre ellas, evitar repetir errores y servir de desahogo anímico.

A través de estos estudios no directamente autobiográficos, el escritor pergeña un retrato de sí mismo y se detiene en su nerviosa fragilidad y vulnerabilidad. Opina Bobbio que siempre ha sido iracundo, con arrebatos de «ira sagrada» al oír comentarios groseros o chanzas ridiculizando a los débiles; o cuando se siente víctima de una injusticia.

Bobbio se considera un pesimista biológico o cultural, que tiende a ver el lado oscuro de las cosas; cósmico, histórico y existencial; autocrítico feroz, liberal y socialista; siempre inquieto, insatisfecho, inseguro, ansioso y dialogante. En último término se considera un modera-

do, convencido de la máxima *in medio stat virtus*, y cree que la vejez le ha vuelto más tolerante, más indulgente y menos fogoso. Confiesa que aquellos arrebatos, de los que luego se arrepentía de inmediato, le dejaban una profunda sensación de disgusto por la prevalencia de lo irracional.

Podría afirmarse que los ensayos que nos ocupan tienen un algo de confesiones, en donde se nos transmite la perpetua lucha del escritor consigo mismo y su anhelo de estar en paz con los demás, todo ello entorpecido por su timidez e inseguridad.

A los 85 años, Norberto Bobbio hace un balance de su vida y valora las metas alcanzadas a través de una supuesta mezcla de suerte, indulgencia y moderantismo que califica de «defecto útil».

En sus reflexiones, se define como un conciliador, que no pretende imponer su razón ni le produce satisfacción conseguirlo, a no ser por medio del intercambio de argumentos. Y recalca que muchas veces dos personas no dialogan sino que devienen en monologistas que enmascaran sus auténticas intenciones con la palabra. Y alude a ese diálogo de mala fe en el que los interlocutores saben de antemano dónde van a llegar, con el resultado de que cada uno permanece anclado en sus ideas originales.

En «De senectute», el ensayo que da título al libro, Bobbio pide hablar como viejo y no como profesor. Cree que la entrada en la vejez fisiológica se produce a los 80 años. Precisa el autor que en la vejez hay que diferenciar entre lo exterior —biológico y burocrático—, y lo subjetivo y psicológico. Según indica, él entró biológicamente en la vejez a los 80 años, aunque psicológicamente siempre se ha considerado un poco viejo, incluso de joven; pero ahora se siente viejo-viejo. Y agrega que de la vejez psicológica uno se puede recuperar, pero de la biológica resulta más difícil.

Cuando hace un análisis de la vejez y sus características, no es particularmente complaciente en sus juicios e incluso confiesa su desagrado por los libros apologeticos sobre el tema, entre los que menciona al de Cicerón. Como se describe caracterialmente como pesimista, este mismo pesimismo impregna sus comentarios sobre la vejez y sobre la vida en general; pesimismo como estado de ánimo, que no como filosofía. Considera que al anciano le cuesta mudar de opinión y que sus pensamientos tienden a entorpecerse. El anciano —señala Bobbio—, se encasilla en sus convicciones y se torna indiferente a los otros; mira con recelo y desconfianza lo nuevo y se aferra a las viejas ideas. Y el excesivo apego a las propias ideas le hace más parcial: en la vejez uno tiende a repetirse y a escribir siempre lo mismo. El tiempo del viejo —precisa el autor— es el pasado, el maravilloso mundo de la memoria como refugio. El mundo del futuro es el de la imaginación y el anciano vive de recuerdos, y éstos son tanto más vivos cuanto más alejados se encuentren en el tiempo. Con la edad no disminuye la curiosidad por el saber, pero es más difícil satisfacerlo. El mundo de los viejos

–precisa Bobbio– es el mundo de la memoria: de lo recordado, amado y hecho. Como el futuro es limitado, uno debe no dispersarse: el presente es huidizo; el futuro, reino de la imaginación y la fantasía, se reduce cada día hasta desaparecer.

Le preocupa al autor el problema de la marginación que pueda existir en los viejos debido a la aceleración del curso de la Historia. Cuando las sociedades evolucionan lentamente, el viejo guarda el patrimonio cultural de la comunidad: su experiencia intransferible que los otros no han vivido y que pueden recibir de él. Pero cuando las sociedades evolucionan rápidamente se altera la relación entre los que saben y los que ignoran, y es el viejo el que se queda atrás por el rápido aprendizaje del joven. La aceleración de los cambios –señala Norberto Bobbio–, supone una rémora para la vejez, que guarda fidelidad a su sistema de valores: los hábitos son difíciles de cambiar, y entonces se establece una especie de confrontación entre jóvenes y viejos, que convierte a estos últimos de «ancianos venerables» en «vejestorios».

Para Bobbio la vejez es además un problema social, porque ha aumentado el número de ancianos, a quienes se les impide morir antes de hacerles más gratificante la existencia. También Bobbio alerta sobre un posible comportamiento social provocado por la sociedad de consumo: critica el enmascaramiento de la vejez, el falso y engañoso rejuvenecimiento de los ancianos, y posa su mirada en los problemas económicos y en la tristeza que emana de los asilos. También Cicerón decía: «La vejez en una gran pobreza no puede ser ligera, incluso para el sabio» subrayando la importancia de lo económico.

En los dos extremos estarían el viejo satisfecho y el desesperado, y otra forma intermedia de afrontar la vejez sería la aceptación pasiva, la resignación o la indiferencia que nos parece la del autor. Bobbio no envidia a los jóvenes, aunque cree que su proximidad ayuda al anciano a no envejecer más allá de lo fisiológicamente previsible.

El autor nos confiesa que vive su vejez con melancolía por lo no alcanzado y lo ya no alcanzable; con plena y lúcida conciencia de que no ha recorrido el camino deseado y que le queda escaso camino por andar.

El autor detesta los libros que, en su opinión, desdramatizan la muerte. En otro apartado se refiere a la muerte como liberación, que contrasta con la experiencia: la mayoría de los ancianos no desean morir e incluso cabe dudar que sea un profundo deseo en él mismo.

Otro aspecto que trata el escritor relacionado con el pensamiento de la muerte es la creencia o no en el más allá, que estima fundamental para el hombre. Él se define como suavemente creyente. La existencia o no de otra vida ¿qué otra vida?, se interroga. Esto lo considera esencial en la existencia, lo que nos sugiere enlazaría con el pensamiento de V. Frakl: «Si quieres resistir la vida estate preparado para la muerte, porque la vida sólo tiene sentido por la inmortalidad». Todo el mundo da importancia a la muerte, por lo menos a la propia. El ensayista precisa que quien respeta la vida respeta la muerte; tomar en serio la vida significa tener presente su final: se muere una sola vez.

Cree Bobbio que quien alaba la vejez no le ha visto la cara y que se tiende a enmascarar sus achaques, su decadencia, su degeneración. Para él lo más característico de la vejez es la lentitud de movimientos de cuerpo y mente; las ideas brotan también lentas y reiterativas, como lentos son los recuerdos y el lenguaje.

Dice Norberto Bobbio que si a los 80 años alguien le llamase viejo «casi me amostazaría» (?!), lo cual no deja de sorprender.

Norberto Bobbio nace en Turín en 1909.

Inmaculada de la Serna de Pedro  
Hospital Ramón y Cajal  
Madrid